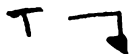


documentos

- SOCIALISMO, EXPERIENCIA CHILENA
- CHILE, EXPERIENCIA SOCIALISTA
- GOBIERNO MILITAR, CHILE
- DICTADURA MILITAR, CHILE

GOBI
PCLAS



Más sobre el caso chileno

por *Volodia Teitelboim*

MILITARISMO, CHILE

PARADÓJICAMENTE, la experiencia chilena desde 1970 a 1973, a pesar del revés que consideramos temporal, no invalida, a nuestro juicio, la tesis de que en ciertos países y periodos resulta posible avanzar por el camino del cambio social a través de una vía que no requiere como definición esencial el veredicto de las armas.

Por supuesto que se trata de un tema de aguda controversia y de máxima trascendencia. Pero al fin y al cabo, numerosos partidos comunistas

y obreros y gran cantidad de movimientos populares, sostienen actualmente en programas o documentos básicos la viabilidad de dicha ruta hacia el poder.

En Chile, durante el trienio del gobierno de la Unidad Popular, se intentó, si lo miramos en términos de teoría política, demostrar la factibilidad de dicha hipótesis. El hecho de que el experimento fuera traumáticamente truncado por un golpe fascista, no la descarta. Más exacta-

mente, la deja en suspenso, a la espera de una nueva demostración más completa en el laboratorio de la práctica social.

Sin embargo, dicho ensayo no podrá prescindir de las enseñanzas ya derivadas de la experiencia chilena. Si bien el desastre de 1973 no elimina la posibilidad de dicho camino, obliga, —¿quién puede dudar?— a profundas rectificaciones que justamente garanticen la llegada a la meta prevista y tornen imposible la repetición del desenlace desfavorable. En dicho orden de cosas, tal vez ningún pueblo, si se propone andar por una senda semejante, pueda dejar de considerar como propias muchas, o por lo menos algunas, de las lecciones que se desprenden de los sucesos chilenos.

Ellas replantean una serie de advertencias, ya vividas por el movimiento revolucionario, sobre las cuales clásicos del marxismo y generaciones posteriores de dirigentes y estudiosos han escrito, para que se tenga vivamente presente lo que nos dice el pasado. Lo repetimos, porque nunca aprendemos en demasía de él en cuanto tiene de aplicable a una época diferente y situaciones distintas. En Chile no se estudió a fondo, por un lado, el acervo acumulado por la experiencia mundial al respecto, ni tampoco se tomaron en debida consideración los antecedentes a propósito que proporciona la historia del país, que en dicha materia son mucho más aleccionadores de lo que comúnmente se supone hasta por no pocos revolucionarios.

Pero, más que insistir en la asimilación de las lecciones del pretérito, queremos subrayar, en el caso chileno, *sobre todo la necesidad de análisis de las enseñanzas inéditas* que dicho periodo de gobierno de la Unidad Popular puso de manifiesto como fenómenos revestidos de formas nuevas. Debemos esforzarnos por dar respuesta a una serie de problemas teóricos derivados de dichos acontecimientos y por puntualizar la actualización de la estrategia y la táctica de la Unidad Popular y del Partido Comunista.

Aquellos tres años, no obstante el corte violento que les puso fin, legaron un conjunto riquísimo de experiencias en todos los órdenes de la sociedad, que hablan de cómo un movimiento popular intentó el nuevo y espinoso camino y transitó por él a lo largo de mil días, que se anudaron en un tejido inextricable de éxitos y errores. Respecto de Chile ojalá pierda vigencia el antiguo proverbio de que “la victoria tiene mil padres y la derrota es huérfana”. Cada cual debe asumir sus responsabilidades. Aunque el revés a menudo inclina a algunos a la tentación de considerar exclusivamente los aspectos negativos, lo acontecido en nuestro país permite un examen que puede ser tan descarnado como una discusión anatómica, sobre cómo se hace en este tiempo una contrarrevolución, en todos los dominios, según el diseño y control de su jefe mundial, el imperialismo norteamericano, y de cómo el movimiento popular, por un endiablado y complejo cúmulo de

—razones —sobre lo cual es menester proyectar una claridad total— no es capaz, en una situación determinada, de desbaratar este plan del antagonista.

En última síntesis, los hechos de Chile demuestran que en determinadas circunstancias, como consecuencia de una vasta y compleja evolución histórica, tras un laborioso proceso de acumulación de fuerza y de unidad de sectores interesados en el cambio social, es posible alcanzar, a través de las urnas, algo que es mucho más que una mera y aun importante victoria electoral, pero que es, a la vez, mucho menos que el poder real.

Creemos que los sucesos de Chile, además, prueban que el triunfo con el voto no constituye por sí sólo una garantía definitiva de su consolidación. Puede éste convertirse en un significativo paso adelante por un camino generalmente largo, minado, pródigo en curvas peligrosas, que a menudo se desliza entre abismos y encrucijadas. Si no se completa, si no es seguido por la acción desplegada, mayoritaria y la ofensiva del pueblo para transformar esa victoria en los escrutinios en poder real, refrendado por la disposición y la capacidad de las masas para mantenerlo y defenderlo contra viento y marea, contra todos los intentos de desconocerlo y destruirlo por parte del adversario de dentro y de fuera; si no lo consigue, es probable, o mejor dicho, inevitable, su derrota.

Dicho camino no es algo inimaginado ni tan nuevo para los revolu-

cionarios. Lo previeron en su hora Marx, Engels, Lenin. Se recuerda con cierta frecuencia que este último, en los primeros días de septiembre de 1917, en su artículo *A propósito de los compromisos*, habló de este desarrollo pacífico de la revolución, calificándolo como “*posibilidad rara y extremadamente preciosa*”, tesis general derivada de la probabilidad ofrecida por un momento histórico de la Revolución Rusa, durante algunos meses de 1917. Sesenta años más tarde, en atención al cambio sobrevenido desde entonces a partir de la Revolución de Octubre, con mayor razón dichas posibilidades se dan y crecen. Cuando en la Conferencia de Petrogrado del POSDR Lenin sostiene que “*el pasaje de todo el poder a las manos de la mayoría verdadera del pueblo, es decir de los obreros y campesinos pobres, no puede en ninguna parte efectuarse tan fácilmente y pacíficamente como en Rusia*”,¹ se refiere a la situación existente en un instante determinado y advierte a las claras que no la excluye como camino sino que lo plantea en la teoría y la práctica. ¿Cuál es, en síntesis, esta situación? La existencia de una dualidad de poderes, uno, el del gobierno provisional burgués, y otro representado por los Soviets de diputados obreros y soldados; y el hecho de que Rusia fuera en ese momento, según sus palabras,² “*de todos los países beligerantes el más libre del mundo*”, donde existía a la sazón “*un ma-*

¹ Lenin, *Obras*, ed. francesa, tomo 24, p. 160.

² *Ibid.*, p. 12.

ximun de posibilidades legales” o faltaban las fuerzas al enemigo para aplicar la coerción. Tomando pie de tales condiciones, planteaba la necesidad de conquistar la mayoría (la idea de la mayoría es un elemento básico del raciocinio leninista) y luchar “por la preponderancia en el seno de los Soviets”, palanca e instrumento del poder, esforzándose por convertirlo en poder real, en el único poder.

Lenin visualizaba en ese momento este camino como factible. Demostraba, una vez más, que la teoría no era para él un dogma. “De ahí —decía al respecto— que el marxismo no rechace incondicionalmente ninguna forma de lucha posible y existente solamente en un momento dado, sino que reconoce la inevitable necesidad de formas de lucha nuevas, desconocidas para quienes actúan en un periodo determinado y que surgen al cambiar la coyuntura social dada. En este aspecto, el marxismo aprende, si vale expresarse así, de la práctica de las masas, y nada más lejos de él que la pretensión de enseñar a las masas formas de lucha caviladas por “sistemizadores de gabinete”.³

Luego, cuando tras la rebeldía del reaccionario general Kornilov se produce un brusco viraje, el mismo Lenin estima desvanecidas las condiciones para el desarrollo pacífico de la revolución. Pero en septiembre de 1917, al lograr los bolcheviques la mayoría en los Soviets de Petrogrado y Moscú, vuelve a sostener que “el desarrollo pacífico de la revolución es posible y verosímil”.⁴ Consta que la

burguesía carece del apoyo de masas capaz de hacer la guerra a los Soviets y de derrotarlos. El 14 de octubre, refiriéndose ya a la vía armada, escribe: “La victoria está asegurada, y hay nueve posibilidades sobre diez de que sea sin efusión de sangre”.⁵ Con pupila certera vaticina que el éxito de la revolución depende de dos o tres días de lucha. Fue así para la toma del poder el 7 de noviembre de 1917, aunque luego la contrarrevolución coludida con la intervención extranjera cobrara al pueblo soviético el precio de una dura guerra por consolidar el poder obrero y campesino.

En resumen, Lenin plantea la conquista del poder sin condicionarla a vía específica ninguna, pudiendo recorrer una u otra tras este objetivo central, o cambiar de vía, conforme a las mutaciones de la situación.

Pero a la vez subraya un hecho fundamental: el que la revolución, después de haber derribado al gobierno provisional burgués, supiera, desplegando la voluntad, la acción y la lucha armada de las masas populares, mantener, extender y defender el poder revolucionario contra todos los enemigos de dentro y de fuera. Constituye un ejemplo clásico de revolución armada —aunque su dirigente máximo considerara en ciertos trechos específicos la posibilidad de seguir el camino de la vía pacífica. Es por antonomasia la revolu-

³ Lenin, *Obras militares escogidas*, Biblioteca El Oficial, La Habana, 1970, p. 11.

⁴ Lenin, *Obras*, ed. francesa, tomo 26, p. 22.

⁵ *Ibid.*, tomo 26, p. 139.

ción socialista victoriosa que dio un vuelco profundo en la historia de la humanidad.

Alcances y límites

En verdad, la victoria electoral habilita para ejercer sólo una parte del poder. Como comienzo de una nueva etapa y culminación de las anteriores, no nace de la noche a la mañana, de improviso, sino que es resultado del conjunto del proceso revolucionario, del desarrollo de la crisis de estructura en el país vinculado a la crisis general del capitalismo y a su agudización. Surge como corolario de la acumulación de factores previos, que expresan la maduración de diversas formas de la lucha de clases. No puede entenderse esta victoria electoral sin la vigorosa y creciente cohesión del movimiento sindical unitario, capaz de movilizar diariamente a las masas trabajadoras no sólo por sus reivindicaciones económicas sino por una plataforma política de clase, que engloba el interés de todas las capas avanzadas de la sociedad, creando una unidad más amplia a partir del núcleo central proletario. Se enlaza a la lucha de los campesinos por la reforma agraria; al movimiento popular, donde las mujeres juegan un papel destacado; a la explosión en el ámbito cultural, al despertar juvenil, a las movilizaciones estudiantiles. Se fue así creando en Chile una situación prerrevolucionaria. El Partido Comunista concibió siempre el vehículo electoral como una forma de expresión en el combate por la transfor-

mación de la sociedad, para la cual había que contar con el respaldo de la mayoría.

El concepto de “mayoría política” es algo más sólido, más integral que una mayoría de votos, relativa o absoluta. Más que una idea aritmética o una noción mecánica, debe responder a un bloque social representativo de la mayor parte de la población. Sin embargo, debe tener además otras características: la de ser una mayoría activa, vinculada no sólo a la acción continua propia de un movimiento en desarrollo permanente, sino también animada por el concepto de la necesidad de defender dicho proceso por todos los medios posibles.

Ya Engels hablaba de “*este eficaz empleo del sufragio universal*” como “*un método de lucha de un proletariado nuevo...*”⁶ Vio en su uso la posibilidad de luchar contra la burguesía recurriendo a las mismas instituciones establecidas por ella. Las elecciones fueron y son un nuevo campo de batalla contra la reacción. Si bien se trata de una lucha en condiciones de desigualdad, generalmente librada en terreno desfavorable para los trabajadores y en muchas situaciones con *handicap* abrumador, en algunos países capitalistas la fuerza de ciertos partidos comunistas y de la clase obrera, aliados a los sectores progresistas de la sociedad, disminuye las ventajas del sistema electoral y causa temor a la burguesía.

⁶ Engels, prólogo a *La lucha de clases en Francia* de C. Marx.

Sobre todo en los últimos tiempos el imperialismo se pone en movimiento ante el miedo al éxito electoral de algunos partidos comunistas. Ve acercarse en ciertos países la hora prevista por Engels, en que *“la ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba... Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique en la legalidad creada por ellos mismos. Exclaman desesperados, con Odilon Barrot: ‘La legalidad nos mata’... A la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos con esa legalidad tan fatal para ellos”*.⁷

Es exactamente lo que sucedió en Chile. Al fin y al cabo, cuando el imperialismo y la reacción consumen en una gran hoguera los registros electorales, como lo hicieron oficialmente en Chile, ponen al desnudo cuál es su verdadera posición frente al sufragio universal y las urnas. Sólo aceptan su vigencia cuando los favorecen. Para usar su lenguaje, ellos no aceptan la revolución ni por las balas ni por los votos. Simplemente no aceptan la revolución, aunque para tratar de liquidarla tengan que reducir a cenizas y dejar en cero instituciones de origen burgués, pero que asumen un carácter más democrático con la participación en ellas de la clase obrera y el pueblo. Su fin supremo es mantener el poder. El resto es sólo medio que debe subordinarse a dicho objetivo de fondo.

La elección de Salvador Allende como Presidente de la República constituyó un episodio de trascendencia, que planteaba en un plano superior la transformación del país.

Era la iniciación de una nueva carrera de obstáculos. Constituía a la vez un hito sin precedentes, la fase inaugural de un periodo de calidad nueva. En él, conforme a su programa, debía darse cima en Chile a una empresa planteada hacía tiempo por diversas fuerzas políticas avanzadas. Se trataba de llevar a la práctica una tarea histórica correspondiente a las necesidades nacionales y al desarrollo de la conciencia mayoritaria, de larga maduración, en un país de estructura en crisis, sumido en el estancamiento económico donde la irrupción de amplias masas populares anunciaba el fin de las antiguas formas de dominación. Se proponía llevar a término la revolución agraria que eliminara las supervivencias precapitalistas en el campo. Debía, a la vez, realizar la revolución antimperialista y antioligárquica, a través de la nacionalización de las riquezas fundamentales del país en manos del capital monopolista extranjero y nativo. Se daba la misión de coronar la revolución democrática, conquistando para la mayoría la dirección del Estado, creando una sociedad donde el pueblo y su sector más resuelto y menos comprometido con el *status* vigente, la clase obrera —definida por el Partido Comunista de Chile como centro y motor de los cambios revolucionarios, núcleo de una amplísima coalición de fuerzas mayoritarias—, avanzara, en una segunda etapa, hacia una sociedad socialista. No estaría ésta se-

⁷ Engels, *op. cit.*

parada por una muralla china de su fase previa, la revolución agraria-antimperialista - antioligárquica - democrática, sino que la concebía como culminación y corolario histórico de ella.

El conflicto entre las viejas formas y el contenido nuevo

El movimiento popular se propuso elaborar la concepción estratégica y táctica de la Revolución Chilena según un criterio objetivo, inscrita en el contexto de las leyes generales de la revolución, surgiendo de su propia historia y del cuadro latinoamericano, continental e internacional, en cuyo marco inscribía su posible desarrollo.

Sin duda, el sentido de toda revolución apunta al futuro; pero no puede prescindir de las condiciones del presente ni subestimar sus raíces históricas, su entronque político, la psicología social, el estilo ciudadano, las corrientes progresistas del pasado, o sea, cuanto éste tiene de viviente. No puede menospreciar su experiencia. El conocimiento y la asimilación de ella le permiten avanzar sobre una base propia hacia la creación de las condiciones de una sociedad nueva. En este sentido, el movimiento popular —y desde luego el Partido Comunista Chileno— no desdeñó la consideración dialéctica de su vivencia histórica.

Sólo después de una vasta y turbulenta trayectoria en que a través de medio siglo nuestro Partido, por ejemplo, participó en las más diversas formas de la lucha de clases, desde

insurrecciones campesinas como la de Ranquil, hasta su decisivo papel en la formación y desarrollo del Frente Popular, que elige presidente de la República al radical Pedro Aguirre Cerda en 1938; sólo tras haber atesorado los partidos y las fuerzas de avanzada todo un rico acopio de hechos vividos en la política de frente amplio, es posible llegar a la Unidad Popular. Representa ésta una coalición poderosa, aunque las exigencias del proceso demostrarán prácticamente, a poco andar, que sus fuerzas no eran suficientes ni bastante articuladas en lo ideológico. Con todo, la Unidad Popular encarnó, en el cruce de caminos contradictorios de ese momento de Chile, la fórmula política posible para intentar dar vuelta a la hoja en la vida del país. Hoy, a nuestro juicio, debe constituir el núcleo vital de una conjunción más ancha, que sea un punto de encuentro de todas las fuerzas antifascistas.

Las revoluciones a menudo destruyen toda la antigua institucionalidad y la remplazan por una nueva. O en una fase de transición crean instituciones paralelas. También pueden proponerse mantenerla, pero cambiando su sentido de fondo. Tal fue la política de la Unidad Popular en el gobierno, aunque trató de crear expresiones nuevas, surgidas casi siempre de necesidades y a las cuales las masas y la Unidad Popular pugnaban por dar respuestas adecuadas. La opción no está dictada por la voluntad de los jefes. Depende de la correlación de fuerzas y del carácter de la revolución. El gobierno se propuso

hacerlo modificando las instituciones heredadas mediante un cambio radical en el aparato del Estado, sobre la base de la lucha desde abajo y desde arriba, desde dentro, desde fuera y contra él en ciertos casos específicos.

Un aspecto de esta contradicción —que no consideramos principal— se manifiesta en la necesidad que tuvimos de verter vino nuevo en odres viejos. No es fácil en el orden político. En rigor, cuando el vino nuevo entra en contradicción con los odres viejos, puede conducir a tres causas: que el contenido nuevo los componga, determinando un sentido distinto en el continente; que se someta a las leyes químicas preestablecidas; o que quiebre los recipientes.

Nuestro propósito fue el de modificar las antiguas instituciones tratando de vaciarlas de su contenido reaccionario para llenarlas con un sentido renovado, con una orientación revolucionaria, pasando a un estado diferente, a una sociedad distinta.

Las formas, que nunca son exclusivamente formas, porque siempre responden a un fondo, pugnarán por su conservación, tratarán de apaciguar y anular la fuerza de aquel contenido extraño que pretenda, metiéndose dentro de ellas, vaciarlas de su propio espíritu de clase y transformarlas en algo social y políticamente diferente. El movimiento popular chileno consideró este peligro. Muchos tuvieron conciencia angustiada de dicho riesgo. Otros sobrestimaron las posibilidades de cambiar el carácter de las instituciones, sin con-

siderar que —por ser un problema de fondo más que de forma— allí se producía uno de los más agudos conflictos de clase. Otros, atormentados por el fantasma de su propia impaciencia revolucionaria, resolvieron cambiar las instituciones conforme a sus sueños y deseos, precipitando el hervor por métodos mecánicos, partiendo de una concepción afectada por impulsos subjetivos, sin atender a las condiciones reales ni a la letra ni al espíritu del programa, desconociéndolo en varios aspectos.

Es aleccionador subrayar el uso que el imperialismo hace de las posiciones de la ultraizquierda para aislar a la clase obrera de sectores y capas sociales respecto de las cuales se podrían y deberían conseguir fuertes y sólidas posibilidades de alianza, incluso para avanzar en conjunto hacia la construcción del socialismo.

Si un movimiento revolucionario ha de estar siempre autovigilándose para aprender de los yerros cometidos, debemos reconocer que estas desviaciones de izquierda marcharon de la mano, intercondicionándose mutua, indisolublemente, con las de derecha. En verdad, ambas vivieron en activa y estrecha simbiosis. Unas se alimentaron de las otras. Y entre ambas contribuyeron a la tarea del enemigo de socavar la Revolución Chilena.

¿De qué depende el costo social de una revolución?

El gobierno del Presidente Allende, hombre representativo del movi-

miento popular, buscaba la solución de los problemas del país por una vía que no consideraba indispensable el uso de las armas. Ello se unía a su convicción de que el proceso de cambios en la sociedad, traducido en conciencia pública, impregnaría a las fuerzas armadas y a los sectores mayoritarios de la población. Lo iría ganando para una comprensión creciente de la justa causa de hacer que Chile pudiera llegar al socialismo mediante un desarrollo casi natural de su evolución histórica. Lo movía también una ambición ética, un orgullo explícito y el sueño generoso de encabezar una revolución que pagara, según repetía Allende, "el menor costo social". Tal era su deseo. Pero el costo social de una revolución no lo determinan los nobles sentimientos de un revolucionario. Los factores objetivos que condicionan el desarrollo de un proceso, en una u otra forma, están determinados, en último término, por la correlación de fuerzas que se logre crear dentro del cuadro en el cual actúan el movimiento revolucionario y la contrarrevolución.

Allende no creyó ingenuamente que la contrarrevolución se resignaría a aceptar la aplicación de leyes para llevar adelante transformaciones revolucionarias. Pero ésta, a su entender, sólo podría desafiarla y luego quebrantarla si lograba acumular en su favor una abrumadora suma de elementos y, sobre todo, si arrastraba a todas o a la mayor parte de las fuerzas armadas.

Los revolucionarios consecuentes

—y entre ellos el Partido Comunista— pensaban que gracias al impulso desencadenado por la realización del programa, por el cambio de la estructura del país, por la realización de la reforma agraria, por la nacionalización de las riquezas mineras, de la banca, de los monopolios; por el mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores, por la expansión educacional y cultural, por un cambio positivo en la existencia de la mayoría de los chilenos, por el entusiasmo patriótico que debería suscitar la recuperación del patrimonio nacional, el proceso se haría cada vez más potente y profundo. No era una idea del todo equivocada. Lo que se hizo en este sentido fue justo, pero no bastó. El error residió en no organizar una respuesta eficiente al plan de zapa del enemigo y en no haber luchado más enérgicamente aun contra la fatal dualidad de líneas entre la Unidad Popular y el gobierno. Pese al caos organizado por la CIA, al virtual bloqueo imperialista, al cierre de las líneas de crédito de los Estados Unidos, al sabotaje de la producción, a los intentos de impedir las ventas de cobre en el extranjero, a la oposición ciega de la mayoría parlamentaria, a las huelgas patronales, al terrorismo fascista, pese a todo, se mantenía un respaldo apreciable a la Unidad Popular. El 4 de septiembre de 1973, una semana antes del golpe, un millón de santiaguinos desfiló por las calles de la capital en apoyo al gobierno. Verdaderamente buena parte del pueblo comprendía

en alta medida el origen de las dificultades y apoyaba al nuevo régimen. Luchaba como podía por su éxito porque era su propio éxito. El golpe se dio, pues, porque los fascistas comprendían que no podían perder tiempo. El *putsch* no correspondía, por lo tanto, a un llamado o un deseo del pueblo. Introdujo una violenta fractura del proceso democrático. No es aceptable, luego, argüir que se hizo porque el gobierno presidido por Allende carecía de respaldo para subsistir. El gobierno de la Unidad Popular no cayó porque estuviera huérfano de respaldo popular. Conoció en este dominio una curva de alza, aunque afecta a oscilaciones reveladoras. Del 36 por ciento de los votos en las elecciones presidenciales de septiembre de 1970, subió al 50 por ciento en las municipales de abril de 1971. Se observó un deterioro en las complementarias de Valparaíso, Linares, O'Higgins y Colchagua. En marzo de 1973 la Unidad Popular, que obtuvo el 44 por ciento, tenía una coalición ministerial con el general Prats. La ruptura de esta coalición después de las elecciones debilitó la base de sustentación del gobierno, social, política y sobre todo militarmente. Pero, con todo, la mayoría del pueblo lo sostenía. El proceso gradual de erosión tuvo ecos demoledores más que nada en otros estratos sociales. Sin embargo, para una correlación de fuerzas favorable no basta con una mayoría relativa, ni siquiera con una mayoría absoluta electoral. Requiere algo más. Es una mayoría global, social,

política, militar al mismo tiempo, la que se necesita.

A ello se sumó el hecho de que el movimiento popular no estaba preparado para defender al gobierno en el terreno en que lo planteó el enemigo. La reacción externa e interna se lanzó al *putsch* y motivó su brazo dentro de las fuerzas armadas —cuyos mandos había copado— porque llegó a la conclusión de que jamás lograría una mayoría para detener el proceso. Y de que la revolución, de no mediar la intervención extranjera y el alzamiento militar, saldría finalmente airosa de las pruebas que se le presentaran.

Hemos dicho que el gobierno popular confió en que la revolución democrática avanzaría en hombros de un apoyo cada vez más amplio, para transformarse en periodo no distante en “revolución socialista”, afirmada por una voluntad imponente e indetenible. Tal era la hipótesis inicial del desarrollo y la perspectiva del gobierno. Se empleaba entonces con frecuencia la palabra “irreversible”. En rigor, el peligro de su reversibilidad existía. Y los comunistas alguna vez lo dijimos, no por un prurito de pesimismo sino instando a hacer todo lo posible por asegurar su desarrollo ascendente. El hecho de que resultara a la postre reversible demuestra que ninguna irreversibilidad está garantizada sino se resuelve el problema del poder. Nos enseña que los cambios económicos y sociales pueden ser abolidos si no existe una fuerza capaz de protegerlos por todos los medios.

Lo acaecido con la Revolución Chilena obliga a un reexamen prolijo de lo que se ha llamado la problemática de la transición, de la relación entre economía y política, el desarrollo desigual de base y superestructura. Ciertamente en Chile bajo la Unidad Popular no dejaron, huelga decirlo, de funcionar con despiadado rigor las leyes económicas del capitalismo. La coexistencia de hecho, sin que estuviera resuelto el problema del Estado, de dos sectores de la economía, el sector público y el privado, que se mostró receptivo a la influencia de los monopolios (el sector mixto tuvo una vida lánguida y no alcanzó a configurarse de manera efectiva, como se proponía en el programa), desató en la práctica una sorda y a ratos abierta guerra de posiciones.

Los avances del pueblo enfurecieron y galvanizaron a la reacción. Esto no tuvo nada de extraño. Se cumplió otra vez una de las leyes de las revoluciones y de las contrarrevoluciones. Esta última aprovechó implacablemente cada una de nuestras debilidades, la falta de cohesión interna en las filas populares, la ausencia de una política acertada de alianzas. La carencia de plan y dirección económica del sector estatal, los defectos en la participación de la clase obrera facilitaron el despliegue de la resistencia enemiga, que centuplicó también en el dominio económico su capacidad de reacción, actuando bajo comando imperialista, el cual la robusteció de paso con fuertes y publicitadas inyecciones de dinero. Se

puso en marcha todo un plan según computadoras, fijado, impulsado y financiado desde Washington. Después de los sucesos de Chile, dicho capítulo de ese complot altamente tecnificado se incorporó al diccionario político moderno con el nombre de “desestabilización”. El sector estatal fue desorganizado desde adentro y desde afuera. Se neurotizó a buena parte de la población con las dificultades provocadas según el esquema de la CIA. El embajador de Estados Unidos en Chile, durante la presidencia de Frei y los primeros tiempos de Allende, Korry, expresó ese plan al desnudo días antes de que el triunfo de la Unidad Popular fuera confirmado en el congreso: “*No permitiremos que ni un tornillo ni una tuerca lleguen a Chile bajo Allende. Una vez que Allende llegue al poder, haremos todo lo que esté a nuestro alcance para condenar a Chile y a los chilenos a privaciones extremas y a la mayor pobreza, una política que ha sido diseñada a largo plazo con el objeto de acelerar las características más duras de una sociedad comunista en Chile*” (Informe sobre la situación: Korry a Meyer y Kissinger, 21 de octubre de 1970).⁸

Todas las revoluciones conocen estas despiadadas respuestas del imperialismo, de sus agentes y sus instrumentos internos, los cuales al sentir en peligro sus posiciones tratan de estrangular las formas nacientes de la nueva economía como un modo fun-

⁸ Informe del Comité Especial del Senado de los Estados Unidos para investigar las actividades de inteligencia del gobierno norteamericano.

damental de destruir la revolución misma. En el hecho las han sufrido, las sufren y sufrirán todos los elementos de transformación social. El gobierno popular chileno fue víctima de los ataques tendientes a provocar el desabastecimiento generalizado. Constituyen hechos cotidianos las innumerables formas de especulación y ocultamiento de productos, los artilugios del mercado negro, la liquidación del ganado, la exportación subrepticia de divisas en maletas y a la vez el tráfico ilícito de millones de dólares para pagar las huelgas de la burguesía. Muchas revoluciones han desbaratado con éxito esta conspiración. No es en absoluto fatal que el adversario salga con la suya. Pero en Chile, no obstante los ímprobos esfuerzos de grandes sectores populares —de los cuales no se excluye, por cierto, la acción infatigable de los comunistas en dicho terreno— el enemigo salió con la suya, porque su complot fue más eficiente que la defensa realizada por el gobierno y los partidos de la Unidad Popular, quienes no consiguieron, entre otras fallas, articular una dirección económica única.

El papel de la superestructura en el complot contrarrevolucionario

Otra lección se desprende: en Chile el imperialismo combatió al proletariado y al pueblo valiéndose no sólo de sus tácticas tradicionales sino también recurriendo a métodos de lucha propios de la clase obrera, como las huelgas y las manifestacio-

nes de masas. Recurrió, entre otros, a una supuesta “mayoría silenciosa”, en verdad minoría estridente y conspirativa. Patentó el procedimiento. Y después lo ha aplicado en diversos países.

Si la Revolución Francesa y, desde luego, por excelencia la Revolución Rusa, en legítima defensa recurrieron a la respuesta de las masas, a la vigilancia del pueblo, víctima de este complot económico que era parte de la conspiración política global, también intentó defenderse, dentro de sus posibilidades, la Revolución Chilena. Hemos dicho que las masas populares desplegaron grandes e inauditos esfuerzos en este terreno. Por ejemplo a través de la extendida red de las JAPs (Juntas de Abastecimiento y Precios) y a través del trabajo voluntario, donde centenares de miles de trabajadores, de hombres, de mujeres, de jóvenes respondieron a las huelgas de los conjurados trabajando sin horario para cubrir las pérdidas y aumentar la producción.

Sin embargo, esto no bastó. El complot contó en los hechos con el respaldo no sólo del imperialismo, sino también, primero con la neutralidad benévola y luego con la complicidad y el apoyo cada día más desembozado, de fuerzas armadas y policiales. Un sector de ellas —no debe olvidarse— sostuvo una posición positiva. En octubre de 1972 el ingreso del general Prats al gobierno contribuyó a derrotar el paro patronal y permitió una actitud más decidida frente a los sectores monopolistas.

El movimiento popular no pudo desenvolver una acción más enérgica, entre otras cosas, porque se estrelló con la gran piedra de un ejército y carabineros donde los golpistas ocultaban cada vez menos sus simpatías por la reacción.

Muchos cambios se hicieron en Chile bajo el gobierno popular. Pero no se alcanzó a modificar a fondo el sistema de producción ni reproducción de la vida real. La Unidad Popular tuvo que enfrentar el choque insidioso y más tarde frontal de la montaña de hielo imponente, en el hecho intacto, de toda una superestructura que venía de un pasado que no estaba dispuesto a ceder paso al porvenir. Esta densa y compleja trama económica, política, ideológica, jurídica se jugó entera. Recurrió a las más diversas y enmarañadas formas de la lucha de clases, que fue llevada por la reacción al paroxismo. Si bien hubo lucha dentro del aparato estatal —y sería injusto considerarlo como un bloque monolítico al servicio de la reacción—, la respuesta revolucionaria no se organizó en todas las esferas a la altura y con la profundidad indispensables.

Salvo la presidencia de la República y los funcionarios de su confianza, el movimiento popular carecía, dentro de la maquinaria estatal, de un apoyo eficaz. Ni siquiera controlaba su propio poder el Ejecutivo, minado por una administración heredada que permaneció casi intacta, formada por capas superpuestas de sucesivas clientelas burocráticas. Esta neutralizó, burló o tornó inocuas mu-

chas medidas progresistas. A menudo ni siquiera se observaba la antigua fórmula de la burocracia colonial: “Se acata, pero no se cumple”. Se desacataba a veces hasta la autoridad presidencial. Y quienes así actuaban sabían bien cubiertas sus espaldas. Más abiertamente lo hacía una mayoría parlamentaria que, contrariando el sentido de la Constitución —como en vísperas de la guerra civil de 1891—, decidió substituir el sistema político del país por una dictadura del Congreso, enardecida en su propósito de dar el “golpe blanco” que destruyera “legalmente” al presidente Salvador Allende.

Que en los hechos la contrarrevolución controlaba la mayor parte del aparato del Estado lo prueba por añadidura una magistratura quisquillosa en extremo, con un ojo exagerado y simoniacamente abierto para descubrir supuestos delitos y los tan llevados y traídos “resquicios legales” por parte del gobierno popular, mientras cerraba por completo el otro ojo, garantizando la vista gorda, la impunidad de los conspiradores, a quienes concedió en los hechos carta blanca para sus desmanes. Hoy este Poder Judicial deja hacer a la dictadura fascista, abdica gustoso de su jurisdicción, abandona la más elemental obligación de velar por la vida y los derechos humanos de la multitud de chilenos muertos, desaparecidos, encarcelados y perseguidos. Así, demuestra que para ellos la ley y la función de hacer justicia tienen sólo un sentido de clase y un valor acomodaticio e instrumental.

*El error de elevar las formas
de lucha a la categoría de esencia*

Pero dentro del proceso revolucionario chileno constituyó, sin duda, un error haber elevado las formas de lucha a la categoría de esencia, absolutizando en los hechos la vigencia de una sola vía. Esto contribuyó a atar las manos de las masas frente a los virajes previstos e imprevistos de la situación concreta. Si el desarrollo pacífico de la revolución correspondía a una posibilidad real y traducía la voluntad del movimiento popular chileno, debe contarse siempre con el ánimo adverso del enemigo, dispuesto a todo, a impedir por cualquier medio la revolución. La beligerancia y la agresividad del adversario no pueden ser una sorpresa. El enemigo opondrá la resistencia más enconada que le sea posible. Y tratará, si puede, de recurrir a las armas contra el pueblo.

A la luz de lo acontecido, pensamos que si en todo fenómeno hay una dialéctica de influencias y la verdad es siempre concreta, con aspectos fundamentales o secundarios, en el caso chileno, dentro de la viva interconexión entre lo político y lo militar, lo fundamental lo constituía, por cierto, lo primero, de lo cual lo segundo, como se sabe, no es sino una parte, pero, una parte primordial. De allí el valor principalísimo de una política militar del movimiento popular. Esta no consiste sólo en plantear una conducta respecto de las fuerzas armadas ni redundar exclusivamente en obligación y necesidad de estable-

cer una sólida alianza con su sector potencialmente democrático. Significa también desarrollar una fuerza que pueda actuar, en lo posible, conjuntamente con la parte leal del ejército.

Se desprende de esta experiencia que es indispensable lograr que el apoyo al proceso de avance se exprese no sólo en un respaldo de masas sino también en un sostén adecuado de fuerzas militares. Por supuesto, premisa de ello es la política positiva y creadora del movimiento popular sobre la materia sin excluir, claro está, una responsabilidad particular de los comunistas. Una de las mayores debilidades del movimiento popular fue que este problema se planteara mal, pobre y vergonzantemente, más bien a niveles de personalidad, excluyendo la participación que les correspondía a partidos de fuerte raigambre popular y a las masas mismas. Se mantuvo largamente en el mando a jefes militares y de policía que aparecían remisos al cumplimiento de sus deberes. No se conocía con exactitud el pensamiento interno (por no decir íntimo) de muchas jerarquías castrenses (y el caso de Pinochet es el más abismante, pero de ninguna manera único), lo cual denotó una falla suicida de los servicios de información, en gran parte infiltrados por los conspiradores. Además fue negativo para todo el proceso la falta de cohesión del gobierno en el apoyo al gabinete encabezado por el general Prats y la posterior eliminación de éste del Comando en Jefe del Ejército. Creemos sinceramente que también nosotros, comu-

nistas. adolecimos de un vacío histórico, por la insuficiencia y la debilidad de nuestra política militar y ante las fuerzas armadas.

Es vital, por lo tanto, devolver a este proyecto de desarrollar la revolución su condición eminentemente dialéctica, concibiéndolo siempre como un proceso sujeto a cambios, dependiente del antagonismo de los contrarios, que puede evolucionar, a veces con celeridad vertiginosa —como sucedió en la Rusia de 1917—, a la necesidad de pasar a otra forma de lucha. O sea, la perspectiva de tal o cual vía no puede ser vista como generalidad ni como principio inamovible, inalterable, de aplicación definitiva e inmutable durante un largo periodo histórico. Es posible que en otros países la transición de las formas no se produzca con el ritmo veloz con que sucedió en Rusia durante los meses que precedieron a octubre; pero no es acertado, según nuestra experiencia negativa, atribuir a las formas de lucha el carácter de *invariante*, de una *constante* que pueda desentenderse de los zigzags y virajes a menudo acelerados de la situación, sobre todo en épocas de crisis políticas y de ásperas contradicciones. Por supuesto, el tránsito pacífico sólo merece este nombre en cuanto excluye la guerra civil; pero no escapa, por las muchas vicisitudes y peripecias de su trayectoria, a la ley de que “la violencia es la partera de la historia”. Debemos haberlo tenido siempre presente, aunque el asunto mismo del cambio de vía presupone tomar otro caballo

para avanzar por la historia, y el cambio de caballo cuando se atravesara el río es siempre difícil, y mucho más cuando no está preparada de antemano la cabalgadura de relevo. Independientemente de tener clara la necesidad de este cambio, deben existir la posibilidad y la capacidad de hacerlo. Esto no es asunto que se decida sólo en el momento del cambio sino que presupone un largo trabajo previo, una preparación inclusive de años, que el movimiento popular chileno no realizó. Y para ello se requiere organizar, no verbalmente sino que prácticamente, la disposición de la vanguardia revolucionaria, a la cabeza de las masas, de aplicar en respuesta los métodos más enérgicos si la situación lo requiere.

En verdad, en el Chile de la Unidad Popular prepararse para una y otra vía muchos lo consideraron una incompatibilidad absoluta, porque la Unidad Popular vivió, asimismo, en este aspecto una experiencia que no debe olvidarse: el título legal confiere legitimidad y, por lo tanto, agrega fuerza y puede contribuir, en consecuencia, a impulsar el avance; pero a la vez puede facilitar, en ciertos casos, al enemigo su empresa de preparar la insurrección o el golpe, a la par que puede a veces, cuando se entiende mal, maniatar al pueblo con ligaduras de esa misma legalidad, haciéndole más difícil ejercitar su derecho a legítima defensa. El pueblo no tiene por qué sentirse maniatado, como Gulliver, por las ligaduras de la legalidad, ya que lo

primordial es su derecho legítimo. La legalidad debe considerarla también como un arma útil en la defensa de su justa causa y nunca como un cepo o una mordaza.

En efecto, mientras la reacción y el fascismo montaban la máquina de la conspiración, tras el *slogan* monocrorde y majadero de que “la UP se salía de la legalidad”, modificaron, agravando, el dicho de Odilon Barrot. De la constatación de que “la legalidad nos mata” pasaron a poner en práctica, como un corolario de ella, la consigna “matemos la legalidad”. Y se valieron de la legalidad para matar la legalidad. La Ley de Control de Armas, para citar un caso, se convirtió efectivamente, según lo demostraron los acontecimientos, en una celada para desarmar al pueblo y poder masacrarlo inermes.

En íntima conexión con lo anterior, asumiendo el valor de posible respuesta o proyecto de solución al problema planteado, figura como exigencia básica la participación de las masas. Hemos visto que condición *sine qua non* de la viabilidad de la vía pacífica es que la idea de la revolución gane la conciencia de la mayoría del pueblo y la impulse a la acción. No existirán elementos propicios para el estallido ni menos para el éxito de un levantamiento reaccionario si se consigue forjar una abrumadora superioridad de fuerzas en apoyo al proceso de cambios. La idea de la mayoría tan cara a Lenin (“La mayoría del pueblo está con nosotros”, decía a fines de septiembre de 1917), resulta válida como

presupuesto del triunfo de una u otra forma de lucha. Por lo tanto, el problema de la correlación de fuerzas es decisivo. Siempre hay que preocuparse de que el frente del cambio sea más fuerte que el de sus adversarios. Y que lo aventaje del modo y en la proporción más contundente posible. Que lo derrote en la suma y en organización de fuerzas, tanto en el campo político, ideológico, cultural, propagandístico, en todas las esferas de la vida. Este frente amplio no sólo debe vencer por el número sino también por la calidad de la unión y de la acción, por su espíritu de ofensiva. Su programa, a la vez, debe ser un común denominador de todos los factores, elementos y fuerzas integrantes, quienes, por lo mismo, se obligan a actuar en conformidad a él, ciñéndose a principios de unidad táctica y estratégica, golpeando todos a una y en igual dirección. Sólo así, actuando como una coalición real, evitando la formación de polos contrapuestos dentro del movimiento y la acción de francotiradores, desarrollando una sola línea programática, se puede derrotar al enemigo. Mantener, extender la amplitud y las fuerzas del frente, robustecer la mayoría, constituyen elementos vitales para asegurar el curso victorioso del proceso revolucionario.

Que la mayoría lo quiera y la minoría no pueda impedirlo

Reiteramos: el adversario echará mano a la violencia a menos que sea incapaz de recurrir a ella. La revolución puede evitarse el costo de la

sangre sólo si la mayoría está en situación de imponerlo y la minoría no está en situación de impedirlo. Este podría ser el periodo que se vivió en Chile durante los últimos meses de 1970 y parte de 1971. Pero, por todos los medios, el enemigo se esforzará por recuperarse. Por lo tanto, no se trata de un solo momento de peligro. El riesgo existe mientras subsista la reacción y se acrecienta si ésta consigue trocar la situación en su favor.

Por lo tanto, el problema de la correlación de fuerzas se caracteriza por su fluidez, por la posibilidad de mutación, porque no queda fijada de una vez para siempre, a menos que una revolución consolidada supere esta contradicción interna, elimine las clases antagónicas, para crear una sociedad sin clases.

De algún modo —que no puede equipararse, desde luego, con la situación de Rusia de 1917— en Chile subsistió durante todo el periodo de la Unidad Popular una dualidad de poderes: un gobierno legítimo, popular, por un lado, y un poder ilegítimo, reaccionario, apoyado por todos los sectores hasta entonces dominantes de la sociedad. Controlaba este último buena parte del Estado, además de palancas importantes de la economía y las finanzas, y de los medios de comunicación de masas. También tuvo la habilidad de ganar para sus planes —aprovechando vacíos, incompetencias y las dos líneas dispares dentro de la Unidad Popular— a una proporción apreciable de ese vasto mundo a menudo ambi-

guo y enraizado en sus valores de la pequeña burguesía, asustada por el miedo que secretaba a destajo la fábrica de terror psicológico del enemigo. Entendía claramente que no saldría con la suya si no conseguía atraer a su lado a los sectores intermedios, con lo cual influiría, además, dentro de las filas de una base social heterogénea con distintos grados de conciencia política, que no era una masa ideológicamente compacta ni impermeable al clima de histeria política ladinamente fomentado por cuenta de la CIA. Si se desplegó una estrategia de masas de la oligarquía, ésta pudo desarrollarla sólo porque contó con el apoyo de sectores extraños a ella, de los cuales no disponía por sí misma como clase. Y si lo consiguió fue porque del otro lado hubo serias lagunas, no se proporcionó una respuesta adecuada, no se desarrolló una política del movimiento popular que guardara coherencia con su programa e infundiera confianza a estas capas sociales intermedias de que había para ellas un destino en la nueva sociedad.

La responsabilidad de la vanguardia

Sin duda, un factor decisivo para decidir el pleito en beneficio del pueblo estriba en que la dirección del movimiento popular sea acertada, justa, capaz de orientar, de mantener informadas a las masas, de conducir las a la acción necesaria y precisa en una movilización que dé a esa mayoría política una conciencia madura de sus responsabilidades, convirtiéndola en un conjunto de fuerzas

conscientes y unidas. Desde luego, el papel del Partido Comunista es insustituible. Como lo es el de los diversos partidos del espectro popular.

El movimiento popular chileno reúne méritos históricos indudables. Reiteró a lo largo de ese periodo su iniciativa creadora. Aunque en embrión, desarrolló formas de poder que una historia del futuro deberá tener en cuenta como antecedentes útiles de una autoridad verdaderamente democrática, capaz de controlar todos los factores caóticos, cuya fuente generadora derive del pueblo mismo, deseoso de transformar la naturaleza de clase del Estado.

Pero la llegada a la presidencia de la República de Salvador Allende no podía cambiar por sí sola la naturaleza de clase del Estado ni el carácter de las fuerzas armadas, de la policía, de la administración pública. Para ello es menester insistir en que asunto capital de todo proceso por vía pacífica lo constituye la necesidad de garantizar también una correlación de fuerzas militares favorables al desarrollo de la revolución. Se trata de un asunto clave.

Se planteaba a la Unidad Popular la tarea urgente de introducir dichas modificaciones sobre la base de una correlación de fuerzas que lo permitiera. Se debía, al efecto, colocar el aparato estatal bajo la presión organizada del pueblo, hasta lograr ponerlo crecientemente a su servicio. Aun más, había que desarrollar una democracia activa, participante, de masas, arrancando a los sectores reaccionarios trozos de su imperio, que

fueran siendo transferidos a la conducción de los trabajadores, de los sectores progresistas de la sociedad, en su más ancha acepción.

No se puede decir que el apoyo popular no se movilizó intensamente durante dichos tres años; pero la confusión de objetivos —democráticos, socialistas y el injerto de otros ajenos al programa o inspirados algunos en la más pura utopía— no permitió orientar en todo momento con claridad la iniciativa de las masas por el camino acertado ni asegurar en cada combate un respaldo mayoritario, que sí se tuvo, por ejemplo, para una medida tan patriótica y sentida como la nacionalización del cobre.

Recalquemos que el desenlace penoso de dicho capítulo no debe oscurecer un hecho históricamente diáfano: que el gobierno popular, en menos de tres años, realizó una obra enorme. Aunque luego sus logros hayan sido materialmente barridos por el fascismo, son conquistas válidas que, incorporadas a la memoria viva del pueblo, forman parte de un acervo político indestructible. Se transforman en herencia movilizadora que volverá a desempeñar un papel trascendente cuando el país supere la contingencia actual. No es justo mirar en menos esa experiencia adquirida. Debe examinarse de modo serio la inmensa contribución positiva, la riqueza de los aportes creadores del movimiento popular, tan patéticamente interrumpido durante este lapso negro.

Pero a la vez consideramos que si las masas no viven a diario la escuela del esclarecimiento y de la acción

política no pueden empinarse espontáneamente, por mero instinto, al nivel de conciencia necesario para derrotar al enemigo y participar con ojos abiertos en el proceso histórico. En este sentido, *el papel de la vanguardia política marxista-leninista*, incluso en las difícilísimas condiciones del fascismo, tanto en el interior como desde el exterior del país, *asume la responsabilidad de dar en todo momento dirección científica a la clase obrera como al movimiento popular*. En el cumplimiento de su misión capital, al Partido Comunista, como un partido dirigente que, junto a otros partidos aliados, debe responder por el desarrollo del proceso, se le plantean los dos términos de una ecuación dialéctica: *su calidad unitaria* dentro de un movimiento no exento de contradicciones, que a veces pueden agravarse peligrosamente, y *su papel independiente*, como un partido que bajo ninguna circunstancia, ni menos en situaciones de confusión, puede renunciar a su obligación de exponer sus puntos de vista al pueblo y al país teniendo *in mente* que no puede sino hacerlo con el objeto de fortalecer la unidad y no debilitarla.

Apuntes para un manual sobre cómo la contrarrevolución contemporánea puede ahogar una revolución

Si Lenin tomó muy en cuenta las enseñanzas de la Comuna de París y de la Revolución Rusa de 1905, para sacar de esas experiencias de revoluciones armadas derrotadas las correlaciones estratégicas y tácticas que condujeron a la victoria de la

Revolución de Octubre de 1917, para los chilenos es indispensable estudiar a fondo, extraer conclusiones teóricas y prácticas, aprender de lo sucedido en nuestro país durante los mil días de gobierno de la Unidad Popular, con toda su combinación de factores y rasgos típicos y atípicos. Encierran un material de análisis valiosísimo. Allí podremos apreciar a escala reducida, en un microcosmos social, dentro de un escenario localizado de un país de diez millones de habitantes, los caracteres de un drama político universal. Pueden observarse así, ante la realidad de la vida, méritos y fallas, aciertos y errores del movimiento popular. Es posible a la vez establecer los métodos y las técnicas, un verdadero manual de cómo la contrarrevolución contemporánea puede ahogar una revolución.

Por supuesto, estos manuales no tienen en política otro valor que señalar un caso específico sujeto a leyes generales, con todas las variantes y adaptaciones singulares de tiempo y lugar que caracterizan a cada revolución y a cada contrarrevolución.

Podremos, pues, a la luz del examen objetivo intentar la crítica y la autocrítica de lo acontecido, proponer las enmiendas a nuestra actuación, saber cuál es la línea de acción abierta y encubierta del adversario: vale decir, permitirá indagar más claramente en la estrategia y las tácticas propias y en las del enemigo. Será un prólogo a las rectificaciones necesarias para transformar la derrota del pueblo en victoria.

No obstante la erosión gradual, sostenida y al final más pronunciada de las posiciones del campo popular —lo cual contribuyó al éxito del golpe—; pese al deterioro de la política de alianzas de la clase obrera y a un desmejoramiento notablemente acentuado en los últimos meses de la correlación de fuerzas en el nivel político y militar, se ha dicho que la causa del epílogo negativo de dicho periodo de la Revolución Chilena no provino de una decisión del pueblo sino de un corte traumático, de una fractura sanguinaria producida por el *putsch* fascista. Por una parte, se requiere que el proceso disponga de un apoyo mayoritario de la opinión pública, pero aunque dicho elemento es indispensable, el curso de la revolución no está sólidamente resguardado, libre de ser atropellado, fulminado y desconocido, si el movimiento popular no se encuentra en condiciones de sumar a la razón de la mayoría los medios para protegerla.

En este orden no hablamos sólo de armas. Para producir efectos en el campo político el imperialismo y la reacción interna desplazaron, en primer término, su ofensiva al terreno en que eran más fuertes y les resultaba más propicio: el campo económico. En combinación con el terrorismo individual —que hoy día en América Latina es práctica extendida y cotidiana de la regresión política— orquestaron todo un clima de fantástico desorden; un caos, como alguien dijo, muy bien organizado. Lo dirigió la Central de Inteligencia de los Estados Unidos, con la prepara-

ción artillera de una ofensiva propagandística sin límites ni escrúpulos. Tal vez nunca antes la contrarrevolución hizo un uso tan a fondo, tan masivo, tan perturbador y demoleedor de los medios de comunación de masas, lo cual constituye otra página digna de minucioso estudio por parte de los revolucionarios. Por cierto, tal plan fue favorecido por la falta de una respuesta única, congruente y orgánica del gobierno. La conspiración se benefició con las líneas políticas diferentes que dimanaban del interior de la Unidad Popular. Por otra parte, aprovechó minuto a minuto el alarde verbal del revolucionarismo extremo que se ufanaba de fuerzas armadas que no tenía.

Queremos con esto decir que esa guerra en que no truenan los cañones, exige una política única, nítida, y la necesidad permanente de aclarar las cosas entre las masas. La respuesta eficaz sólo será posible si se logra superar el complot del adversario. Esto no involucra, por cierto, la mera lucha entre servicios de inteligencia o de contrainteligencia. Se trata de un combate político total, apto para desarticular las fuerzas centrales de la conspiración, a nivel de infraestructura y superestructura, en el orden económico, psicológico, en el dominio público y secreto, y desde luego, sobre todo, en el campo militar.

Necesidad de repensar el problema militar

Con resultados una vez más trágicos para el pueblo, el enemigo puso

de relieve y reactualizó, bajo una luz sangrienta, el papel de las fuerzas armadas. No es sólo la confirmación sangrienta de una historia secular. Hoy el imperialismo y sus aliados locales tienden aun más que ayer a sacar al ejército de sus cuarteles. Dicha medida envuelve en el fondo un reconocimiento implícito de que el grado de desarrollo y la fuerza del movimiento popular les hace temer por el mantenimiento de su control de la sociedad y el Estado. Es sintomático que no se trate ya de los antiguos pronunciamientos castrenses, que se dieron por centenares durante un siglo y medio de historia republicana en América Latina. No se trata ya de la conspiración contra un conspirador encaramado, ni de un simple cambio de guardia o de mandón en el palacio de gobierno. Hoy, por lo general, es directamente una acción contra el movimiento popular, emprendida sobre todo cuando no tienen otro modo de impedir el triunfo de las fuerzas de avanzada o de anular una victoria ya obtenida por ellas.

Esto obliga a repensar el problema militar, a mirarlo con ojos contemporáneos. Una puesta al día no se concibe si pierde de vista algo esencial: que el imperialismo emprende un ambicioso esfuerzo por insertar a los ejércitos locales latinoamericanos que consiga influir como piezas integradas en la estrategia global del Pentágono. Según la doctrina importada, hecha suya por varias cúspides castrenses criollas, ahora el enemigo principal no está fuera de las fronteras sino dentro; lo cons-

tituye la “subversión interna”. Si en un momento el complejo militar-industrial de los Estados Unidos acuñó el principio táctico de la *vietnamización de la guerra y propuso* “que los asiáticos maten a los asiáticos”, su lema actual de hecho dentro de nuestro país es “que los chilenos maten chilenos”, que las fuerzas armadas declaren y hagan la guerra contra el pueblo. De este modo la seguridad de su dominación y saqueo de Chile le saldrá más barata. En tal sentido no deja de resultar reveladoramente tragicómica la confesión de Pinochet en Uruguay de que actuó en beneficio del imperialismo: “Estados Unidos —dijo a la letra— para sacar el comunismo de Chile, no disparó un tiro. Esto no fue Vietnam. No tuvo un muerto”. En efecto no hubo un soldado norteamericano muerto, pero si miles de chilenos muertos.

Varios de los estrategas políticos y militares del Pentágono han declarado que la mejor inversión que pueden hacer es preparar oficiales latinoamericanos en sus academias militares, inculcándoles su mentalidad. Así lo han hecho. William Proxmire, senador norteamericano, informaba en 1971 que Estados Unidos había gastado 175,000 millones de dólares en “adiestrar a 320,000 militares de setenta países independientes”,⁹ entre 1945 y 1971. En 1965 el entonces director de Ayuda Militar, Robert

⁹ Bernardo Rivas y Elizabeth Reimann, Las fuerzas armadas de Chile: un caso de penetración imperialista. Ediciones 75, México, D. F., 1976, p. 7.

Wood, señalaba orgullosamente que “casi todos (los oficiales de América Latina) han recibido adiestramiento, ya sea en Estados Unidos o en Panamá”.¹⁰

Hoy recogen los frutos de su cosecha. Han promovido dictaduras militares reaccionarias a su servicio en varios países de América Latina. Conspiran para lograrlo allí donde no lo han conseguido aún. Como en el fondo juegan con fuego y es un recurso límite, desesperado, que se aplica a sabiendas en un continente cada día más maduro para el cambio. no se andan con chicas, con lindezas ni buenos modales. Abandonan, por ejemplo, las engañosas formas de atracción de masas que intentó la Alianza para el Progreso al blandir *slogans* democráticos y libertarios. Ahora recurren lisa y llanamente al fascismo, con toda su barbarie. Existe, desde luego, una dialéctica permanente entre estas dos formas de dominio, que han sido analizadas por los clásicos marxistas. La tendencia actual a la fascistización de vastas zonas en América Latina choca con demasiada oposición, por lo cual no se descarta la posibilidad real de un retorno a modalidades de gobierno reformistas.

El hecho de que el fascismo sea la fórmula preferida hoy adoptada resulta sintomático. Revela cuán profundo es el temor y la crisis que afecta al dominio imperialista en América Latina, cada día más descontenta con la explotación de los monopolios yanquis y con su ingerencia política. Constituye además un

elocuente indicador y reconocimiento de que no consigue doblegarse el espíritu de independencia de los pueblos de esta parte del globo, sino que despierta cada vez más fuertes resistencias y nuevos sectores sociales se suman a ellas. El rechazo a la subyugación, al dictado de los hombres de Washington, abarca la mayoría nacional en muchos países al sur del Río Bravo. Alimenta y acelera el surgimiento y crecimiento de una conciencia colectiva animada por la convicción de que un desarrollo libre, soberano y democrático en América Latina choca irremediablemente con la penetración imperialista y sus fuerzas de apoyo en el interior de cada país.

Aprendiendo en carne viva, debemos, pues, concluir que para asegurar el desarrollo pacífico de la revolución es indispensable hacer imposible que sectores reaccionarios de las fuerzas armadas las conviertan en el verdugo y en el sepulcro ensangrentado del movimiento popular. O sea, es necesario que el ejército no se comporte como un apéndice, como superpolicía, como tropa colonial criolla a las órdenes del Pentágono, ni oficie como compañía de seguros de vida o guardia pretoriana del monopolio y del latifundio.

Premisas para un cambio en las fuerzas armadas

¿Cómo lograr un cambio positivo en el ejército? Lograrlo es empresa muy ardua. Pero es y debe ser po-

¹⁰ *Ibid.*

sible. Resulta, sin duda, mucho más fácil decirlo que hacerlo. Supone, entre otras virtudes y exigencias, un desafío a los clisés establecidos. Exige realismo e imaginación, audacia y responsabilidad. Para dar respuesta correcta es preciso analizar su naturaleza social y su composición de clase, su función a través de la historia, su papel actual en la sociedad y los mecanismos o, mejor dicho, la dialéctica de su comportamiento.

Las fuerzas armadas latinoamericanas no son entes abstractas ni instituciones diabólicas, eterna e ineluctablemente destinadas a masacrar pueblos. No es el caso mencionar el carácter esencialmente diferente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, nacidas de una revolución socialista triunfante. En otros ejércitos del continente —donde no se ha producido una revolución— se dan fenómenos que desautorizan una interpretación fatalista, de pesimismo definitivo sobre el problema. Ya Carlos Max vislumbraba en el ejército español dos vertientes (e históricamente, como escuela de formación, mentalidad, ambiente y contorno humano, éste tiene algo que ver con los ejércitos de la América Hispánica), veía dibujarse en él dos alternativas de conducta política social que continúan siendo válidas. Advertía en sus filas el reaccionarismo obtuso, pero también —como lo demostró el levantamiento de Rafael Riego— una posibilidad latente de iniciativa revolucionaria. A pesar de todos los esfuerzos para alinearlos,

manteniéndolo al margen de las angustias de la vida social, en ciertos momentos tensos el ejército de naciones capitalistas también puede actuar como un barómetro que acusa los síntomas críticos y los aumentos de tormenta que se registran en la atmósfera del país. Hay que reconocer, sin embargo, que no ha sido históricamente ésta la característica dominante sino la otra: ser garantía armada del régimen de opresión establecido.

Por supuesto, la primera alternativa no puede manifestarse sino en épocas de crisis política. Lenin subrayaba precisamente la relación viva entre el desarrollo del proceso y la agudización de la inquietud dentro del ejército. O sea, establecía la correspondencia entre el despliegue del movimiento revolucionario y su reflejo en el interior de las fuerzas armadas.

No faltan entusiastas de alta teoría del “particularismo” chileno, que sostiene que en cierto momento hubo “neutralidad” política por parte del ejército. En honor a la verdad, debe recordarse que siempre éste actúa bajo el influjo predominante de una clase o de un movimiento. Es utópico pensar en la neutralidad política del ejército. Cosa distinta es producir, en una situación determinada, un periodo de neutralización, como resultado de la lucha exterior y dentro de las fuerzas armadas a fin de impedir que se consumen los planes del sector fascista de conducir al golpe reaccionario, apoyándose el pueblo para ello en el sec-

tor constitucionalista existente en el interior. Ese concepto de neutralización puede ser momentáneamente válido dentro de una concepción pacífica de desarrollo de la revolución.

En el primer periodo del gobierno de Allende hubo en las filas cierto ambiente de simpatía. Otros se mantenían a la expectativa. A la vez actuaban los agentes de la contrarrevolución, algunos de los cuales, como Labbé y Canales, entre otros, fueron eliminados de la institución antes del golpe. Más tarde se mantuvo un "empate", cierto equilibrio inestable que el imperialismo quebró en su favor durante la última etapa.

El origen de clase de los miembros del ejército es un dato de primera importancia; pero en definitiva el hecho de que su mayoría sea hija de obreros y de campesinos pobres sólo se expresa de modo manifiesto hacia el exterior y actúa abiertamente, en forma masiva, bajo el estímulo de una coyuntura revolucionaria y a condición de que exista una organización, un trabajo político en el interior de los cuarteles. Mientras esa coyuntura no se produzca, impera y rige la estructura jerárquica, el régimen de coacción interna y el miedo al castigo. Se siguen observando, por lo general, las reglas draconianas de la disciplina prusiana, ajena y contraria a la disciplina conciente. Esta trata precisamente de amputar o prohibir toda expresión propia del soldado. De formar en él el reflejo condicionado de la obediencia ciega a órdenes que incluso repugnan a su sentir. Se le inculca la desfigu-

ración sistemática del pensamiento. Se impone a muchos una falsa conciencia social, lo cual obliga a un trabajo político ideológico mucho mayor y más calificado por parte nuestra.

Dentro de la estrategia global del imperialismo norteamericano, éste concede hoy día un lugar cada vez más abultado a la propagación de una ideología que es intrínsecamente la suya y coincide en capítulos de fondo con presupuestos teóricos del fascismo. Agréguese en Chile la "filosofía" que las jerarquías más regresivas inculcan en los cuarteles, compuesta por mitos del santoral criollo y lugares comunes sacados del arsenal del Tercer Reich, en amalgama con aleaciones de chovinismo doméstico. Como en casi todas las versiones del fascismo, no les gusta que los llamen por ese nombre. Recurren a la ritualidad patrioter del falso nacionalismo. Rinden culto a la teoría de la "élite militar", al jefe como personificación providencial y tutelar, encarnación viviente de la nación. Ello va unido a pretensiones señoriales, a la hipertrofia de un vanidoso espíritu de casta, que exige el mayor aislamiento posible de la vida concreta.

Este grupo de las fuerzas armadas se atribuye el don de ser "el único elemento de continuidad de la República", "la columna vertebral portadora de los sagrados valores nacionales"; estima que "en ellos reside y se mantiene la legitimidad institucional y que sólo los institutos armados tienen el título moral para ge-

nerar una nueva institucionalidad”.¹¹ Declaran que sólo ellos deben participar en la dirección del Estado. Excluyen a cualquier fuerza no militar. Proponen pues, el carácter de una dictadura abierta y no compartida del grupo castrense fascista. Su intención —como la de todas las dictaduras— es, naturalmente, perpetuarse en el poder: “Pero esta institucionalidad nueva —agrega su consejero áulico, *El Mercurio*— está muy lejos de ser un régimen de emergencia, provisional y de facto. Las Fuerzas Armadas han comprendido desde hace largo tiempo que ellas están llamadas a forjar una nueva organización jurídica”.¹²

Su frenético “nacionalismo” experimenta en el camino caídas estreptosas. Es revelador que Pinochet y sus secuaces se sientan identificados con el ejército de ocupación español que impuso en Chile el régimen colonial desde 1541 hasta comienzos del siglo XIX.

Herman Brady, su ministro de Defensa Nacional, haciendo el ditirambo de su jefe máximo, sostuvo que “ya desde la época de la colonia el Ejército ha sido la piedra angular para formar historia, formar tradición, formar hombría. . .”¹³ Vale decir que reivindicaban como antecesor legítimo suyo a los ejércitos del rey de España, contra los cuales los aborígenes araucanos lucharon durante casi tres siglos. Se declaran herederos y continuadores del ejército extranjero que enfrentaron hasta derrotarlo los patriotas que, dirigidos por O’Higgins, independizaron a Chile del

yugo opresor. Encierra toda una confesión flagrante de antinacionalismo teórico-práctico.

La piedra angular de toda la filosofía fascista represiva del sistema aparece cimentada en una concepción falseada de la “seguridad nacional”, la cual nada tiene que ver con la misión de defender el país de una agresión exterior. En nombre de ella se generaliza la represión. Para ellos esta voceada “seguridad nacional” se traduce en lo que ellos mismos han llamado la “guerra interna” contra el pueblo. Los derechos humanos igualmente son barridos invocando una “seguridad nacional” que prescinde por entero de los intereses del país.

Se delinea, por añadidura, una ideología basada en supuestos “geopolíticos” (Pinochet luce orgulloso en su curriculum el título de profesor de geopolítica), que gira en torno a un nacionalismo agresivo, vulgarmente ultraconservador, el cual no contradice la obediencia al Pentágono sino que la presupone. Pinochet abraza las concepciones geopolíticas de Ratzel, Kjellen y Karl Haushofer. Sigue muy de cerca las tesis de Samuel Spykman, renovador de la escuela geopolítica yanqui, y de su discípulo el general brasileño Golbery do Couto e Silva. Copiándolos directamente sostiene:¹⁴ “El concepto de agresividad se transforma por sí mismo en el concepto

¹¹ *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1976.

¹² *Ibid.*

¹³ *El Mercurio*, 23 de agosto de 1976.

¹⁴ *Pinochet // Geopolítica. Diferentes etapas para el estudio geopolítico de los Estados*, Instituto Geográfico Militar, 1968.

de seguridad". Para él "la nación y el pueblo son el Estado. El pueblo es una 'masa humana' heterogénea, que debe ser conducida por un núcleo con el más alto grado de organización", o sea el ejército.

Por su parte, en circular 127/2, el contralmirante Hugo Castro Jiménez, experto en torpedos que fue ministro de Educación de la Junta, ordena la inclusión del tema "seguridad nacional" en todos los niveles educativos. Dentro de las universidades el ciclo "teórico" contempla dos fases de 60 y 36 horas. Incluye la asistencia a un cuartel durante un periodo mínimo de tres meses. Entre las materias que deben ser seguidas figuran: "estudios generales sobre la guerra; organización del país para la guerra; conducción de la guerra, etc.". El rubro "amenazas contra la seguridad del Estado" se subdivide en capítulos como "subversión", "desviaciones políticas", otras amenazas. La juventud chilena debe estudiar los temas "complejidades en la conducción militar", "los organismos de defensa nacional, "instrucción a los oficiales".

A su vez, el exjefe del Estado Mayor de Pinochet, general Gustavo Alvarez Aguila, sostiene: "*Estamos en una guerra mundial*". *Esta es la primera premisa estratégica. "En esta guerra estamos al lado del mundo occidental, con sus ideales de libertad en todos los campos de las actividades humanas; y en el otro lado, el mundo oriental, sujeto al totalitarismo marxista-leninista"*. La segunda premisa es que Chile en esta guerra,

"debido a su localización geográfica", está en la esfera occidental y comprometido a "participar en la defensa continental". Las fuerzas armadas son el principal bastión en esta guerra, que se desarrolla también en el interior de los diferentes países. Los gobiernos militares han sido estables para "remover los peligros de la amenaza comunista que lo corrompe todo y limpiar el camino hacia un periodo de más puro nacionalismo".¹⁵

La Junta está, pues, en guerra y ansiosa de que todo el mundo capitalista la declare. Uno de los miembros de la Junta, el general del aire Gustavo Leigh, sostiene que el *más grande error del "mundo occidental"* fue no haber comprendido esa simple verdad. La *"situación amenazante"* en que el mundo capitalista vive después de la caída de Indochina es un producto de la *"estrategia suicida con la cual las potencias principales del mundo libre creen ingenuamente que será posible asegurar la paz para la humanidad"*.¹⁶

Tan poco nacional es ese nacionalismo que, conociendo entre otros el informe sobre la materia de Nelson Rockefeller, bien se sabe que se exporta desde los centros de poder de Estados Unidos. Coadyuvan al lavado cerebral del Pentágono, que se agrega en nuestro país a las fijacio-

¹⁵ Citado por "La Junta Militar de Chile, enemiga del no alineamiento", La Habana, julio 1976, p. 15.

¹⁶ Citado por "La Junta Militar de Chile, enemiga del no alineamiento", La Habana, julio 1976, p. 15.

nes contrarrevolucionarias, a los ingreidentes fascistas del grupo "Patria y Libertad" y del "Opus Dei". Se suman a él el repertorio de averSIONES y fobias, los "odios sagrados" del fascismo, que configuran un catecismo de cuartel destinado a excitar motivaciones irracionales, que pugnan por dar rienda suelta a la institividad más violenta y cruel. Busca cómplices. Trata de manchar con sangre las manos del mayor número de uniformados.

La minoría fascista, responsable de todos los crímenes, trata de extender y comprometer en una culpa única, en un sentimiento de responsabilidad solidaria y compartida, a todas las fuerzas armadas. Es la vieja treta de Hitler o de Himler. La venganza del pueblo sería general. Y no perdonaría a nadie. "Para nosotros sólo habrá faroles", dice uno de sus caporales, jefe de campo de concentración, oscilando entre la autotjustificación y el miedo, reeditando el falso caballo de Atila del Plan Zeta. El movimiento popular estima indispensable hacer el distingo. Y lo ha dicho con todas sus letras, deberá responder sólo la camarilla culpable, así como respondieron los jefarcas nazis.

El Estado de un fascismo dependiente

No siendo Chile un país imperiaalista sino de capitalismo dependiente, el fascismo instaurado allí —que representa la dictadura de los grupos más brutales de este capitalismo subsidiario del imperialismo norteameri-

cano— es, a diferencia del fascismo europeo, un fascismo dependiente. Con una dependencia que no excluye cierto grado de autonomía táctica. *El grupo castrense asume el monopolio del Estado y favorece a la vez al capital monopolista.* Impone relaciones de producción propicias a su dictadura. Reduce y exagera la esencia de clase del Estado, convirtiéndolo en poder de un pequeño grupo. Es el Estado del sector más voraz y reaccionario de la burguesía. Económicamente es el Estado de la oligarquía financiera, y a su vez es el que desangra política y económicamente al país para imponer y sufragar la militarización del Estado. Los altos mandos disfrutaban de una situación de privilegio. Se convierten en usufructuarios individuales de prebendas y granjerías. Personeros del ejército se comprometen directamente con los monopolios o se erigen hasta en rectores de universidades. Demuestran casi siempre una ineptitud colosal. Terminan así con la división de funciones directivas. En el hecho las absorben casi todas. Devorados por la ambición, con hambres atrasadas de poder, un puñado asume ávidamente la suma de los cargos principales. Invisten además el poder constituyente. Los concentran en una sola mano, la mano armada. Son el poder único. Ello acelera su corrupción.

Si el eje central de su razón de ser y de su misión es reemplazar las fronteras históricas por las "fronteras ideológicas" y, en consecuencia, actuar contra el "enemigo interno", no se oculta el propósito del inspi-

rador foráneo de convertirlos virtualmente en ejército de ocupación de su propio país.

Todo ello hace más categórica la necesidad de una política militar del movimiento popular. Esta es una de las lecciones inaplazables, que surgen más claramente de la experiencia chilena.

Los voceros de la Junta se complacen en presentarse, en diversos aspectos, bajo una luz que no les corresponde. Se ufanan de su condición “apolítica”, blasonan orgullosos de que “no representan partidos ni clases”. La verdad es que no representan partidos ni a toda la burguesía. Representan al sector más reaccionario de ella, y sobre todo a los voraces monopolios. No obstante sus invocaciones a la clase media y su demagógica e inexistente preocupación por “los estratos humildes”, arruinan a la burguesía mediana y más aún a la pequeña. Pero la fama del blanco, contra la cual se ensañan y disparan la mayoría de sus proyectiles, en lo económico, político y represivo, se concentra sobre todo en la clase obrera y en los campesinos pobres.

O sea, no obstante sus declaraciones, hacen política, y de la peor. Hacen política de clase, la más regresiva. Hacen la política que favorece al sector más retrógrado de la burguesía. Para ello erigen la espada en garantía de la supervivencia del sistema capitalista monopólico. Aunque no representan partidos, trabajan con estratos del ultrarreaccionario Partido Nacional. En rigor, la dicta-

dura de la camarilla militar reemplaza a los partidos más oscurantistas del régimen civil. Juega su papel, sustituyendo el diálogo político por el monólogo persuasivo de la metralleta.

El grupo castrense en el poder se concede a sí mismo carta blanca para actuar con feroz sentido de clase. Su “independencia” y su “apoliticismo” consisten en gobernar sin parlamento, sin elecciones, sin derechos de la persona ni de la comunidad, sin opinión pública, sin garantías constitucionales, invocando como justificación de todo, más allá de cualquiera limitación humana y de derecho, *una falsificación monstruosa, acromegálica e inhumana de la seguridad nacional*. Como expresión o instrumento de un Estado desmesuradamente represivo, no desdeña el género grotesco, donde Pinochet personifica el Poder Ejecutivo y la Junta el Legislativo. El ejército es puesto así al servicio de las capas más pudientes, bien que no exactamente al servicio de los partidos que representaron a los sectores dominantes antes del golpe. Estos son prescindibles, aunque usará a los políticos más corruptos y genuflexos como secundones, como tecnócratas al servicio del despotismo, algunos de cuyos especímenes no vacilarán, para congraciarse con la Junta, en lanzar ataques frontales hasta contra la Iglesia Católica, de la cual se proclamaban hijos devotos.

Vale, sin duda, la pena repensar la política de las fuerzas populares frente al ejército. Dicha reflexión

aparece íntimamente vinculada con la -tarea obligatoria no sólo de defender la vida y los derechos del pueblo, sino también de establecer las condiciones de viabilidad de la vida pacífica de la revolución.

Sin una política militar no hay posibilidad revolucionaria por ninguna vía. Para ello se convierte en deber esencial luchar por el cambio en el ejército, por hacer prevalecer en sus filas una mentalidad nacional y popular verdaderamente patriótica.

Por cierto, se trata de actuar conforme a condiciones históricas que hagan factible dicha perspectiva.

Aparece como aceptado por estudios del problema que dentro del ejército chileno se perfilaban antes del golpe tres tendencias clasificadas sin gran precisión científica como sectores, 1o. "constitucionalista" o "patriótico"; 2o. "profesional" y 3o. "fascista". Dicha clasificación mantiene en sus trazos gruesos su vigencia potencial y vale como una aproximación relativa; pero sería mecanicista si no se diera al dinamismo del proceso, a las modificaciones introducidas posteriormente por factores internos y externos, toda su capacidad de influir alterando dichos lineamientos. La lucha, que es también, por supuesto, ideológica dentro de la sociedad chilena, no obstante el monopolio de la información ejercida por el Estado totalitario, no deja de existir ni de proyectarse al interior de las fuerzas armadas. Allí muchos se interrogan escépticos acerca del uso engañoso dado a los mentados principios institucionales, a las consabi-

das doctrinas sobre la verticalidad del mando, a la obediencia jerárquica, al profesionalismo y la tradición patriótica. Algunos lamentan sinceramente el abandono técnico-profesional. No se excluyen del cuadro los celos y las fricciones interarmas, las querellas de grupos dentro de la Junta (las rivalidades entre Pinochet y Leigh son conocidas y producen frecuentes cortocircuitos). Las pugnas en la cúspide militar, la política de eliminaciones en que se especializa Pinochet —que ha sacrificado ya a casi todos sus colegas del generalato al momento del golpe— multiplican los odios y los resentimientos. Preocupa y angustia a las fuerzas armadas el sistema de espionaje y delación sistemática introducido dentro de las filas. Se propaga el malestar contra la tenebrosa labor de la DINA, que dedica buena parte de sus efectivos a una sórdida y morbosa persecución en los cuarteles. Muchos militares —la mayoría hoy— no quieren el fascismo. A la luz de los hechos y resultados, está claro para muchos militares que el experimento de Pinochet es un fracaso rotundo.

La dictadura afronta la oposición de todos los sectores excluidos o maltratados, la correlación de las fuerzas sociales y políticas se torna cada día más desfavorable a la dictadura. Ello influye en el pensamiento y en el estado de ánimo de las fuerzas armadas. Contribuye a agravar sus contradicciones internas.

A este proceso de esclarecimiento en el ejército —que es también de gradual toma de conciencia— deben

dar un aporte activo el movimiento popular y democrático, los sectores antifascistas del país. Existen elementos objetivos: profunda, desastrosa crisis económica; vacío político en torno a la Junta; aislamiento internacional, repudio de la gran mayoría del país, lo cual crea un clima favorable para desplegar dicha acción. Al cabo de tres años de dictadura maduran a la vez diversos factores subjetivos. Se ha robustecido en el último año el papel de la clase obrera. El Partido Comunista, no obstante la persecución salvaje, no deja de impartir orientación, funcionando de dirección a base, a través de todo Chile. Se reestructuran a nivel nacional los principales partidos populares de oposición. Se ahondan las grietas dentro del grupo dominante. Sectores del ejército son sacudidos gradualmente por la comprobación diaria del rechazo creciente de la población, por la abrumadora convicción de que la camarilla castrense no sólo no ha solucionado ningún problema del país sino que los ha agravado todos. Penetra y cunde en las filas la fuerte condena que suscita el ejercicio del terror desenfrenado, la crueldad sin parangón de la Junta y los abusos incontables de la DINA, bajo directa dependencia de Pinochet, con su tenebrosa caza del hombre y la proliferación de las listas de “desaparecidos”, sombría nómina de prisiones de la gestapo criolla, cuyo arresto ésta se niega a reconocer.

Es una enorme ayuda en la lucha de la solidaridad internacional, al

formular, entre diversos capítulos de su desarrollo nacional, no sólo el constante alegato en defensa de los derechos humanos, sino una crítica documentada que contribuye, desde fuera, a hacer luz sobre la verdad de Chile y no deja de llevar la reflexión a los cuarteles.

El rol de la solidaridad internacional con el pueblo de Chile constituye, por su amplitud política y geográfica sin paralelo, por su permanencia y su constante ascenso, por la imaginación de sus innumerables iniciativas —que en el fondo revelan la capacidad creadora de las masas y de los movimientos fraternales de más de cien países— un hecho complejo, merecedor del análisis circunstanciado de estudiosos contemporáneos. Esa solidaridad evidencia algo más profundo que el sentimiento de la generosa mano tendida a un pueblo bajo la tragedia. Habla de un denominador común que existe en todas las naciones que viven sea en el socialismo o en el capitalismo. Es el horror al fascismo, lo cual constituye, sin duda, el resultado de un aprendizaje histórico que interesa y comparte la mayoría de la humanidad.

Esta solidaridad internacional, se funde, como un aliciente, como un factor coadyuvante de enorme valor, a la vasta y valerosa lucha que libra el pueblo chileno en el interior. Ella abarca el abanico desplegado de una oposición que, sin alcanzar organicidad de frente, en el hecho suma a la inmensa mayoría nacional.

La respuesta de la Junta ha sido la única que conoce: extremar aun

nás la represión, institucionalizar el fascismo, en el último tiempo a través de actos constitucionales. Pero la réplica de la oposición es cada día mayor y más organizada, como un tránsito laborioso por la senda que debe desembocar en el logro de una gran necesidad histórica: la articulación del frente opositor antifascista. Pese a todas las dificultades, al calor de la vida misma y como una exigencia que brota desde abajo, éste comienza a formarse en la base y va tejiendo enlaces y coincidencias en la acción a lo largo de todo el cuerpo social.

El combate, desde luego, asume los caracteres dramáticos que la opi-

nión internacional conoce. No sabemos exactamente cuánto durará. Abreviar el calvario de Chile depende en parte apreciable de nosotros mismos, de la Unidad Popular, de todas las fuerzas antifascistas. Aprendiendo las cien lecciones de la experiencia chilena, muchas amargas, otras luminosas, todas útiles, creemos que el pueblo está abriendo con su lucha, infinitamente sacrificada y azarosa pero creciente y organizada, la ruta hacia un cambio en la situación, que permita un día no sólo devolver a Chile a su pueblo sino contribuir a aclarar ciertos problemas teóricos y políticos de palpitante vigencia que aún continúan pendientes.